

concordia entre nosotros... ¿Estamos ya reconciliados?

EL INQUISIDOR.—Si D. Felipe se inclina con humildad...

EL REY. (Después de un momento de silencio.)—Mi hijo proyecta una sedición...

EL INQUISIDOR.—¿Y qué resuelve V. M.?

EL REY.—Nada ó todo.

EL INQUISIDOR.—Ese todo ¿qué significa?

EL REY.—Que lo dejaré huir, si no puedo hacerlo morir.

EL INQUISIDOR.—¿Y bien, señor...

EL REY.—¿Podrás tú infundirme una nueva creencia, que justifique la muerte de un hijo?

EL INQUISIDOR.—Por satisfacer á la justicia eterna murió en la cruz el hijo de Dios.

EL REY.—¿Quieres implantar esa opinión en toda Europa?

EL INQUISIDOR.—En todas partes, en donde la Cruz sea reverenciada.

EL REY.—Yo atento á las leyes de la naturaleza... ¿podrás imponer silencio á esta voz poderosa?

EL INQUISIDOR.—Ante la fe calla siempre esa voz.

EL REY.—Delego en tí mi cargo de juez... ¿puedo librarme de él por completo?

EL INQUISIDOR.—Entregádmelo.

EL REY.—Es mi único hijo... para quien tanto he trabajado.

EL INQUISIDOR.—Por la destrucción más bien que por la libertad.

EL REY. (Levantándose.)—Estamos de acuerdo. Venid.

EL INQUISIDOR.—¿A dónde?

EL REY.—A recibir de mis manos la víctima. (Llévaselo.)

ESCENA ÚLTIMA.

Habitación de la Reina.

CARLOS, LA REINA, y después EL REY y su séquito.

CARLOS. (Disfrazado de fraile, con una máscara, que se quita al entrar, y una espada desnuda bajo el brazo. Hay una oscuridad completa. Acércase á la puerta, que se abre. La Reina sale á la negligée, con una luz en la mano. Carlos se arrodilla delante de ella.)—¡Isabel!

LA REINA. (Mirándolo con tristeza.)—¿Así nos vemos otra vez?

CARLOS.—Así nos vemos de nuevo. (Pausa.)

LA REINA. (Haciendo esfuerzos para tranquilizarse.)—¡Levantaos! No debemos perder ánimo, Carlos. Lágrimas de dolor y de quebranto no pide ese muerto generoso. Las lágrimas han de correr por dolores vulgares... Se ha sacrificado por vos. Su preciosa vida ha rescatado la vuestra... Y esa sangre ¿habrá corrido por una irrealizable quimera?... ¡Carlos! Yo he salido fiadora de vos. Por mí ha muerto alegre. ¿Queréis hacer inútil mi empeño?

CARLOS. (Con entusiasmo.)—Yo le erigiré un mausoleo, superior al de todos los reyes... Un paraíso florecerá sobre sus restos.

LA REINA.—¡Tal es también mi deseo! He aquí el generoso pensamiento, que ha presidido á su muerte. Me eligió para ejecutar su última voluntad. ¡Tenedlo presente! Yo cuidaré de que se cumpla este juramento... Otro legado encomendó al morir á mi diligencia... Le dí mi palabra... y... ¿por qué ocultarlo?... Me confió también su amigo Carlos... Yo desafío la maledicencia... no temblaré por miedo á los

hombres, y seré atrevida, como un amigo. Mi corazón ha de hablar ahora. ¿No llamaba virtud á nuestro amor? Lo creo así, y mi corazón no será ya...

CARLOS.—No acabad la frase, señora... Yo he tenido un sueño largo y penoso. Yo amaba... He despertado ahora. ¡Olvidad lo de ayer! Aquí tenéis vuestras cartas. Romped las mías. Nada temáis ya de mí. Todo pasó. Un fuego mejor ha purificado mi sér. Mi pasión yace en la tumba con los muertos. Ningún deseo mundano habita ya en mi pecho. (Tomando su mano, después de una pausa.) Vengo á despedirme... Comprendo al fin, madre, que hay algún bien más apetecible y sublime que poseerte... El breve espacio de una noche ha dado alas al curso perezoso de mis años, y me ha convertido precozmente en hombre adulto. El único objeto de mi vida es acordarme de él. Todas mis alegrías pasaron ya... (Se acerca á la Reina, que se oculta el rostro.) ¿Nada me decís, madre mía?

LA REINA.—No hagáis caso alguno de mis lágrimas, Carlos... No puedo remediarlo... Pero creedme, yo os admiro.

CARLOS.—Fuisteis la única confidente de nuestra unión... y con este nombre quedaréis para mí el objeto más querido, que haya en el mundo. Mi amistad no puedo dároslo hoy, como ayer no podía dar mi amor á otra mujer... Sagrada será para mí la viuda del Rey, si la Providencia me coloca en el trono algún día. (El Rey, acompañado del Inquisidor general y de los Grandes, aparece, sin ser visto, en el fondo.) Ahora dejaré á España sin ver á mi padre... y no lo veré más. Los lazos de la naturaleza no existen en mi pecho... Sed otra vez su esposa. Ha perdido un hijo. Cumplid de nuevo vuestros deberes... Corro á libertar de la tiranía á un pueblo oprimido. O Madrid me saluda Rey, ó no me saludará más. Y ahora el último adiós. (La besa.)

LA REINA.—¡Oh, Carlos! ¿Qué hacéis de mí? No oso ele-

varme hasta esa grandeza varonil, pero puedo comprenderos y admiraros.

CARLOS.—¿No soy fuerte, Isabel? Os tengo en mis brazos, y no vacilo. Ayer todavía, los horrores de la muerte no hubieran podido moverme de aquí. (La deja.) Pero todo pasó. Ahora desafío todos los terrores humanos. Os tenía en mis brazos, y no dudaba... ¡Silencio! ¿Nada oís? (Suena la una.)

LA REINA.—Sólo oigo la campana terrible, que nos manda separarnos.

CARLOS.—¡Buenas noches, pues, madre! Fechada en Gante recibiréis la primera carta mía, que explicará el misterio de nuestras relaciones. Ahora mi conducta con D. Felipe será franca y abierta. Desde entonces ningún secreto habrá ya entre nosotros. No tendréis motivo alguno para temer al mundo... Que esta sea mi última mentira. (Hace ademán de coger su máscara; el Rey se interpone entre ambos.)

EL REY.—¡Sí, tu última mentira! (La Reina se desmaya.)

CARLOS. (Que se acerca á ella, y la recibe en sus brazos.)—¿Ha muerto? ¡Oh cielos y tierra!

EL REY. (Fríó y sereno, al Inquisidor general.)—Cardenal, yo he cumplido mi deber. Cumplid el vuestro. (Vase.)

FIN DE D. CARLOS.